

CRISIS. AYER Y HOY

Pablo Martín-Aceña (Coord.)

PRESENTACIÓN

El siglo XX ha estado marcado por una sucesión de crisis de gran envergadura, por su amplitud, por su intensidad y por sus consecuencias políticas, sociales y económicas. Sir Isaiah Berlin lo describió como el más terrible de la historia occidental. Eric Hobsbawm lo calificó como un tiempo de extremismos. Un siglo habitado por monstruosos individuos, como Hitler, Stalin y Mao Tse-tung responsables directos o indirectos de la muerte de más de cien millones de personas. Una centuria en la que la Gran Guerra del 14 y luego los conflictos en el Tercer Mundo han causado otros cincuenta millones de muertes. Y todo ello, pese a los adelantos tecnológicos, el avance de la industrialización, la extensión de la democracia y la mejora de los niveles de vida para una gran parte de la población mundial.

En el ámbito de la economía, las crisis han sido frecuentes. Con arreglo a la contabilidad de los organismos internacionales, el siglo XX ha estado plagado de desastres financieros y económicos. Algunas crisis han sido cortas y geográficamente limitadas; otras, globales y prolongadas. Su origen ha sido variado y no siempre se han podido anticipar y mucho menos controlar una vez que han estallado. Con las crisis se puede conocer cuándo comienzan, pero casi nunca cuándo acaban. Suelen tener elevados costes en términos de renta perdida y de recursos inutilizados. Si son profundas y prolongadas presentan peligros graves, porque pueden conducir a guerras, revoluciones sangrientas, desquiciamientos sociales, retrocesos políticos y catástrofes demográficas. Las crisis alteran el curso de la historia.

En su afamado libro, *This time is different*, Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff recuerdan que por lo general las crisis van precedidas de signos inconfundibles: un desmesurado endeudamiento, burbujas especulativas incontroladas de los activos bursátiles y flagrantes desequilibrios de las variables fundamentales de la economía. El después de cada crisis presenta de igual manera notables similitudes: un elevado coste en término de producción perdida, desempleo, infrutilización de los recursos y costes fiscales que se trasladan a las generaciones siguientes. Cada una de ellas deja un legado lleno de complicaciones y dificultades, cuya resolución requiere un tiempo que podría haberse empleado de otra manera.

Las consecuencias políticas, sociales y económicas de la primera guerra mundial fueron terribles y duraderas: revoluciones, la quiebra del liberalismo, el ascenso de regímenes autoritarios, el nazismo, el avance del comunismo, la dislocación de los mercados por causa de las inflaciones y las deflaciones. Con la Gran Depresión murió el capitalismo liberal. Surgió el New Deal en Estados Unidos, germen de una nueva manera de organización de las fuerzas productivas; germen asimismo del Estado del Bienestar y punto de arranque de la intervención del sector público en los procesos de asignación y distribución de los recursos. La segunda guerra mundial dejó tras de sí un legado de pérdidas humanas y de destrucción física muy superior a cualquier conflicto anterior. El mundo quedó dividido en bloques ideológico, enfrentados e irreconciliables. El progreso económico, que sin duda lo hubo en amplias zonas geográficas, se produjo bajo la mirada atenta del gran Leviathan, lo cual terminó debilitando los incentivos individuales y trajo consigo una nueva etapa de estancamiento y dificultades con elevados niveles de paro e inflación. En los años setenta y ochenta se tambalearon los pilares del capitalismo mixto y en los noventa sobrevino el derrumbe de la ideología socialista y el colapso de las sociedades comunistas. Y en la crisis actual estamos también ante cambios desconocidos que afectarán al vigente equilibrio geopolítico: la reentrada de China en la escena internacional, el ascenso de los grandes países-continente, como Brasil e India, la decadencia de Europa, y la incertidumbre sobre el papel que desempeñará Estados Unidos, el «hegemón» endeudado.

Pero las crisis también son una oportunidad para cambiar el *statu quo*, representan en muchas ocasiones un punto de inflexión, una encrucijada que permite introducir cambios, reformas, desterrar modos de pensar y de funcionar. Si se aprovechan bien, son buenas ocasiones para remover obstáculos al progreso, renovar instituciones y lanzar iniciativas. Después de una gran crisis económica o económico-política, el mundo nunca ha sido igual al tiempo que la precedió. El ayer se derrumba y sobre sus ruinas surge una época que pensamos que es mejor, al menos hasta que llega el siguiente cataclismo.

La primera crisis económica del siglo XXI nos trae otro punto de inflexión o *defining moment*. Aún no sabemos del todo la intensidad, duración y coste de las dificultades presentes que solo conoceremos cuando hayan terminado y las economías hayan recuperado la senda de crecimiento. Sí sabemos ya que el péndulo está en movimiento: hacia un Nuevo Capitalismo, donde el antiguo paradigma de mercados eficientes y autorregulados va a quedar arrumbado y sustituido por otro en el que el Estado se ha revalorizado; los mercados no funcionan bien por sí mismos, presentan fallos que deben ser corregidos; los mercados requieren vigilancia. Lo que desconocemos aún es cuánto y hasta dónde oscilará el péndulo.

* * *

El conjunto de trabajos que se incluyen a continuación abordan episodios históricos claves en la historia española e internacional. Los tres primeros fijan

su atención en nuestro país. España no intervino directamente en la Gran Guerra, pero no quedó al margen de lo acaecido en aquellos años ni pudo sustraerse a sus consecuencias; la crisis que provocó el conflicto entre nosotros fue profunda. La Gran Depresión de los años treinta incidió con menor intensidad en la economía española, pero tampoco la dejó de lado. El experimento democrático de la Segunda República tuvo que desarrollarse en un marco de crisis económica complicado, y aunque la guerra civil obedeció a causas complejas, la economía no favoreció en nada las reformas emprendidas por los políticos republicanos. A mediados de la década de los setenta, otra crisis económica internacional vino a golpear a la sociedad española en medio de una transición política hacia la democracia después de cuatro décadas de dictadura. En este caso la crisis abrió una oportunidad única para fraguar acuerdos de gran envergadura: una nueva constitución consensuada y una definición clara de las bases sobre las que debía asentarse la sociedad y la economía españolas: mercado y propiedad privada.

Los otros dos trabajos centran su interés en el ámbito internacional. En uno se recuerda la terrible y dura crisis económica sufrida por los países latinoamericanos en los años ochenta; toda una década perdida a causa de la acumulación de errores políticos que condujeron a impagos de deuda soberana sin parangón histórico; aumentó la desigualdad, se frustraron expectativas y todo un subcontinente quedó devastado. El último texto compara tres crisis económicas de alcance internacional: la Gran Depresión; la Gran Estancamiento de los años setenta, y la Gran Recesión de esta primera década del siglo XXI.

* * *

El texto de Martorell aborda la gran crisis política abierta con la primera guerra mundial en la España de la Restauración. En su opinión, y utilizando sus propias palabras, los factores que confluyeron en la liquidación de la monarquía constitucional tuvieron su origen en procesos que habían comenzado antes de la guerra mundial. Pero la guerra obró como un catalizador que acentuó su desarrollo. Otros desencadenantes, como el desprestigio de los valores y las instituciones liberales, la creciente corporativización de la sociedad, la deriva autoritaria del ejército y del rey o la emergencia de una nueva derecha radical, sí hundieron sus raíces en el maremoto que causó la Gran Guerra. La monarquía constitucional sucumbió en una réplica de aquel maremoto, de aquella guerra que entrañó una verdadera revolución. Una gran réplica de escala europea que no solo afectó a España, pues abarcó también a otros países: al comenzar la tercera década del siglo XX, el miedo a la revolución y el repudio al liberalismo y la democracia habían propiciado la aparición de regímenes totalitarios o autoritarios en Italia, Portugal, Grecia, Yugoslavia, Polonia y Lituania. Cuando acabó la década, otros países habían seguido estos pasos. La guerra acabó con el «mundo de ayer», por decirlo a la manera de Stefan Zweig.

Comín sostiene que un buen punto de partida para analizar los factores determinantes de la crisis económica que atravesó la Segunda República es estudiar las explicaciones que de la misma dieron los economistas de entonces. En este artículo trata de comprobar si las explicaciones que los contemporáneos dieron a la crisis resisten el contraste con las estadísticas históricas de que disponemos en la actualidad. El análisis de los orígenes, desarrollo y resultados de la gran depresión en el mundo requiere analizar las variables económicas de los distintos países, así como las ideas económicas y las respuestas de política económica implementadas para combatir la crisis. Las ideas económicas de los años 1930 tienen que ser explicadas históricamente; no es suficiente con descalificarlas en base a los conocimientos actuales. Aquellas políticas económicas eran contingentes porque podían haber sido diferentes; además, aquellas ideas tienen que ser explicadas dentro del contexto político y social del período. Quienes estudian la gran depresión en el mundo sostienen que, junto a los datos estadísticos, hay que analizar otras cuestiones menos tangibles, pero no menos importantes, como el contexto y el poder político y las acciones de los grupos de interés. En sus escritos los economistas españoles contemporáneos se ocuparon de una amplia panoplia de asuntos, política laboral, monetaria, fiscal y en general de la intervención directa e indirecta del Estado. Según el autor, en algunos temas acertaron pero en muchos otros erraron en su percepción de lo que estaba ocurriendo. Y en relación a la influencia de las variables políticas sobre las crisis económicas, los economistas de entonces acertaron al afirmar que la inestabilidad del entorno político deterioró las expectativas empresariales y redujo la inversión privada, siendo el principal factor interno de la depresión. Pero los economistas coetáneos no quisieron ver que las expectativas empresariales ya venían empeorando desde 1928, cuando comenzó a tambalearse políticamente la dictadura. Y la inestabilidad siguió creciendo en 1930, cuando fue la propia monarquía la que entró en crisis.

En su trabajo, Cabrera se ocupa de los años setenta, una etapa histórica complicada en la que coincidió la transición política con una profunda crisis económica que llevó a recordar lo ocurrido con la Segunda República. Algunos reconocieron el error de no haber calibrado entonces el alcance de la crisis como factor de desestabilización política. No quisieron caer de nuevo en ello. De ahí que la urgencia de responder a la crisis económica para garantizar un ambiente propicio a la elaboración de una Constitución llevara a la negociación y la firma de los acuerdos de la Moncloa. Y este es el asunto en torno al cual se centra el texto de la autora: la gestación y significación de los Pactos firmados en el Palacio de la Moncloa en 1977. Cabrera ofrece una minuciosa descripción de las negociaciones que condujeron a los pactos, de la postura de los distintos protagonistas, del desenlace final y del contenido económico de lo acordado. Afirma que los Pactos de la Moncloa fueron, sin duda, un hito en un momento de crisis, que contribuyeron a facilitar la transición política y a enderezar la deriva de la economía y a establecer las bases sobre las que se desarrollaría en el futuro. Su

gran éxito fue confirmar que la española sería una economía de mercado con voluntad de buscar un espacio competitivo dentro de la economía mundial.

El ensayo de Marichal analiza el auge y crisis de la deuda externa de los países en desarrollo entre 1970 y 1990, centrando la atención en el caso de México, que llegó a ser el mayor deudor regional en los años de 1970 y el primer país en suspender pagos a partir de agosto de 1982, fecha a partir de la cual Latinoamérica se convirtió en testigo y protagonista de la mayor crisis de deudas soberanas de la historia. Dicha época, como es bien sabido, fue bautizada como «la década perdida» por el Banco Interamericano de Desarrollo a raíz del impacto devastador que ejerció el colapso financiero sobre las economías de la región. En su trabajo, el autor pretende no solo una explicación de causas y consecuencias económicas de la debacle de aquellos años, sino también sugerir la necesidad de estudiar más a fondo el papel cambiante de los principales actores institucionales y empresariales que protagonizaron una historia de compleja interacción entre finanzas, política doméstica y relaciones internacionales que tuvo su momento de inflexión decisiva en la crisis de deudas soberanas. Plantea una serie de temas y preguntas para estimular investigaciones futuras sobre la relación entre políticas económicas domésticas y negociaciones internacionales. También indica la importancia de ensayar interpretaciones interdisciplinarias para profundizar en el estudio de las causas y consecuencias de las crisis de deudas soberanas como momentos críticos del entrecruzamiento de política y finanzas.

En el trabajo de Martín-Aceña se analizan y comparan tres crisis económicas: la Gran Depresión de los años treinta, la crisis de la estanflación de la década de los setenta y la crisis financiera actual, origen de la primera Gran Recesión del siglo XXI. Se presenta un repaso de los acontecimientos que condujeron a cada una de ellas y se ofrecen algunas reflexiones sobre sus similitudes y diferencias. También de cuáles fueron sus implicaciones a largo plazo, puesto que sin duda las grandes crisis del pasado han sido puntos de inflexión a partir de los cuales se derivaron cambios profundos en el funcionamiento de la economía. La Gran Depresión finiquitó el *laissez faire* y la filosofía de la no intervención; de la Gran Depresión salió el *New Deal*, que trajo consigo un mayor protagonismo del Estado. Tras la «estanflación» el péndulo osciló hacia el extremo opuesto; se creyó que el intervencionismo del sector público había ido demasiado lejos; renació la antigua ideología de los mercados eficiente que no requieren regulaciones; más mercado, menos Estado. Y ahora, en los albores del XXI, parece que el péndulo vuelve a moverse para hacer el recorrido inverso.

PMA, 20 enero 2011

